

El Correo de Andalucía

número literario

Año I. Sevilla: Lunes 25 Septiembre de 1899 Núm. 8.

PRELADOS ESPAÑOLES



EXCMO. E ILMO. SR. D. NARCISO MARTINEZ IZQUIERDO
PRIMER OBISPO DE MADRID ALCALA

ORACION FÚNEBRE

pronunciada en solemnes exequias del Excmo. é
Ilmo. Sr. Don Narciso Martínez Izquierdo,
por el Excmo. y Emmo. Cardenal
Sr. D. Benito Sanz y Forés.

(FRAGMENTOS)

El Concordato celebrado con la Santa Sede había dispuesto la creación de la Diócesis de Madrid, y se creyó llegado el tiempo de realizarlo. Era justo y decoroso que la Capital de la Monarquía lo fuese de una Diócesis, y tuviera su Prelado propio para darle en lo Eclesiástico una importancia proporcionada á su categoría política y civil. Acordada la erección del Obispado con el doble título de Madrid-Alcalá, que recordase un tanto las glorias de la antigua Compluto, era necesario elegir al Prelado que había de ser su primer Obispo, y fué designado el Excmo. Señor Martínez Izquierdo. Sus profundos conocimientos, su celo bien acreditado por la disciplina de la Iglesia, la suavidad de su trato unida á una energía prudente y reposada, y su laboriosidad incansable le hacían digno de esta elección. Era de temer, sin embargo, que el humilde concepto que tenía formado de sí mismo le impulsara á resistirse, y se buscó el único medio poderoso para vencer la repugnancia. Se dió conocimiento al Pastor Supremo de la Iglesia Católica, que no sólo asintió á la traslación del eminente Prelado de Salamanca, sino que mostró expresamente su voluntad de que fuese el primer Obispo de la nueva Diócesis. Al saberlo el elegido, se sobrepuso al amor que profesaba á sus primeros hijos, á su humildad y á sus temores, y obedeció recordando la palabra divina: «el varón obediente cantará victoria.»

Con qué entusiasmo religioso fué recibido, lo sabeis vosotros, y lo sé yo que fui testigo. ¡Ah! Cómo se dilató su corazón en aquel día. Véase en medio de sus ovejas el Pastor amante que ansiaba sacrificarse por ellas. Una y más veces me había escrito instando para que se apresurase su erección canónica de la Diócesis, que se me había cometido. Tengo prisa, me decía, el cólera avanza y empieza á hacer víctimas en Madrid. Ardo en deseos, porque si se desarrolla la epidemia quiero estar en mi puesto, y atender con todas mis fuerzas al alivio de los desgraciados, y á la salvación de las almas. Por ello apresuré su entrada, y en cuanto tomó posesión del Obispado, ordenó y presidió rogativas, visitó las casas de los coléricos, llevándoles palabras de consuelo, socorrió con sus limosnas á los pobres, y se mostró desde luego buen Pastor, dispuesto á dar la vida por sus ovejas. ¿Qué extraño que le amase el hidalgo y católico pueblo de Madrid, y que esperase grandes bienes de su celo Pastoral?

Difícil, Señores, era la misión que se le confiaba. Crear algunas cosas, organizar muchas, regularizarlas todas. Catedral, Seminario, Parroquias, disciplina del Clero, servicios del mismo según la nueva organización, instituciones auxiliares, propaganda de la verdad y del bien en oposición á la propaganda del error y de la corrupción y todo sin personal suficiente, sin re-

cursos bastantes, en medio de calamidades públicas. ¡Cuántas razones para que el desaliento ocupase el ánimo! Sin embargo, su preclaro talento y su gran corazón no se arredraron. Lleno de fé y de esperanza en Dios, me decía con satisfacción. Abrigo la confianza de que se lograrán frutos abundantes: hay todavía mucha fé. Madrid tiene grandes elementos para el bien. Trabajando con constancia y con la bendición de Dios llegaremos al fin.

Y al trabajo se dedicó con empeño; dirigió instrucciones pastorales de sólida doctrina, al clero y al pueblo; hizo oír su voz autorizada en los templos, en el Círculo Mercantil, en las Conferencias de San Vicente de Paul y en los centros de caridad; dió impulso á instituciones piadosas: faltándole Seminario, abrió escuelas en su palacio; asentaba los cimientos de exacta disciplina canónica; preparaba nuevas parroquias, y multiplicándose en fuerza de su celo incansable, atendía hasta á los más pequeños detalles sin mirar más que á Dios y á su conciencia. Me he propuesto, me decía un día, no leer, ni saber lo que se escriba en mi alabanza ó vituperio. Estudio lo que debo hacer según los Sagrados cánones, medito en presencia de Dios, que me ha de juzgar, y tomado el Consejo conveniente, no retrocederé, venga lo que venga. Son las frases del Apostol San Pablo, que decía á los Corintios: en cuanto á mí, poco me importa ser juzgado de vosotros, ó de humano día; ni aún yo mismo me juzgo, pues el que me juzga es el Señor. ¡Ah, señores! Serán aquellas palabras la clave que explique el execrable atentado que lloramos? Dios lo sabe; reservémoslo á su juicio inapelable.

Las fundadas esperanzas quedaron frustradas por la mano sacrilega, que hirió de muerte al sabio y virtuoso Prelado. Era fundador por así decirlo de una Diócesis importantísima, que ha de levantarse como árbol frondoso para dar fruto abundante y sazonado. Echando estaba sus raíces con las acertadas disposiciones de su primer Obispo, y Dios permitió el crimen, para que la sangre del Prelado, regándolas, les dé savia vigorosa, y para que el fiel ministro que se mostró á todos modelo de virtud, y había atesorado ya méritos bastantes, ciña sus sienes con la aureola del mártir, terminando con gloriosa muerte su apostólica vida, y dejando á la nación entera, un ejempl'o de admirables fortalezas.

Día de doloroso recuerdo y de solemnidad tristísima el último Domingo de Ramos. El Prelado se dirigía á esta Santa Iglesia y su corazón palpitaba con fuerza, y en su rostro se reflejaba santo júbilo al ver la muchedumbre de fieles que le saludaban con respeto y ansiaban penetrar en el templo para presenciar las augustas ceremonias de aquel día y recibir palma bendecida por el amado Padre de sus almas. ¡Ah, Señores! Ese día sólo hubo palma para él, la palma del mártir teñida con su sangre. Sube las primeras gradas bendiciendo á todos; suena detonación tres veces repetida y herido mortalmente cae de rodillas exclamando: ¡Ay, Dios mío! sea todo por Dios.

Un grito de indignación y de horror sale de cada pecho, y voces de llanto y de dolor de las ovejas resuena en los oídos del Pastor herido, y llevan á su corazón el consuelo de que es amado,

y de que sólo una obcecación inconcebible ha armado contra él la mano homicida que le inmola á la puerta de la casa del Señor de quien es ministro.

Apartemos los ojos de lo que es execrable; fijémoslos tan solo en el venerable Prelado tendido en el sue'lo del atrio que recibe su sangre, y esperando que se abra reducida estancia, y se le coloque en pobrisimo lecho. Contemplémosle en ese lecho que es el ara del sacrificio. Tranquilo y sereno, porque la concurrencia no le arguye de haber faltado á sus deberes, resignado, porque acepta con amor el cáliz amarguisimo que el Padre celestial le pone delante, agradece el afectuoso interés con que le visitan afligidos los Ministros de la Corona, y elevados personajes, y comprendiendo que ha terminado su misión en la tierra, se prepara para ser recibido en el cielo.

Con heroica paciencia sufre los dolores, que debieron ser amarguísimos y terribles, según eran las entrañas lesionadas por los proyectiles. Ni una palabra de inquietud y de queja, ni una pregunta para saber quién le ha herido, ni una alusión al crimen, para que ni un momento pudiera turbar la serenidad de su espíritu el menor sentimiento opuesto á la caridad, ni un ¡ay! en fin, se escapa de sus labios. ¡Todo sea por amor de Dios! ¡Bendito sea Dios! éstas son sus frases muchas veces repetidas. ¡Qué virtud, Señores, qué fortaleza tan admirable!

Se acerca conmovido dolorosamente el Excelentísimo Sr. Nuncio Apostólico, y al anunciarle que pide para él la bendición del Romano Pontífice, responde con humilde gratitud: «Yo ruego al Santo Padre, que me perdone, si he faltado en algo, y no he sabido conformar mi vida con el espíritu de la Santa Iglesia; pero bien sabe el señor Nuncio que en todo he procurado obedecer á la justicia y á la rectitud,» ¡Qué palabras, Señores! Cómo hacen venir á la memoria las de San Gregorio 7.º: «Amé la justicia y aborrecí la iniquidad; por ello muero en el destierro.» Recordación eterna merecen también las que como testamento de su Prelado envió al Ilmo. Cabildo por conducto de su digno Presidente: «Encargo que compactos y formando un sólo corazón y un solo espíritu, defiendan la causa de la Iglesia.» Frase digna de un Apóstol y de un Mártir. La gloria de Dios y los intereses de la Santa Iglesia le ocuparon exclusivamente en su vida: esto sólo le ocupa en su muerte.

Admiremos esa muerte santa. Abrazando el crucifijo, y concentrado en afectuosa contemplación de los dolores del Salvador del mundo, el moribundo Prelado le ofrece los suyos por su Diócesis, y por el infeliz que, hiriéndole para matarle, le abría las puertas de la vida, repitiendo en su corazón la plegaria del crucificado, Padre perdónales que no saben lo que se hacen; une el sacrificio de su vida al sacrificio del Redentor, ya que muere por su causa; pide con humilde sencillez que le sugieran afectos santos y devotas jaculatorias para que no decaiga el espíritu por los acerbísimos dolores del cuerpo: levanta su mano y bendice á su clero y á la Diócesis, y espera tranquilo el momento de morir. Acércase ese momento, por todos tan temido, y por él ya deseado para estar eternamente con Cristo, y mostrando en su rostro la paz del justo, la fortaleza del mártir y la serenidad de que

ama á Dios y desprendido de todo lazo terreno, va á unirse para siempre al bien amado, sufre el último dolor, y el alma, abandonando á la muerte el despojo del herido cuerpo, vuela al seno de su Dios.

LOS HOMBRES DEL DIA

Tienen los pueblos y los hombres un espejo en el que se reflejan con fidelidad admirable tales cuales son.

En ese espejo se copian sus virtudes y sus vicios, su grandeza y su pequeñez.

El espejo en que se mira una mujer fea, que no está conforme con serlo, puede llamarse cruel y despiadado.

En cambio el en que se recrea una mujer que presume de hermosa es considerado por ésta como amigo agradecido.

El inmenso espejo en que la humanidad se retrata,
es á veces cruel, á veces cariñoso, siempre fiel.

¡Cuántas veces los hombres han intentado hacerlos trizas, para deshacerse de un pregonero inexorable de sus ignominias!

Aquél, sin embargo, aun hecho trizas, está diciendo que su amo es un desastrado.

¿Sabeis como se llama ese espejo tan sufrido e insu-
frible?

El language.

Habla y te conoceré, se puede decir á todos los hombres.

A un hombre, que no hable más que tonterías, nadie dudará llamarle tonto.

El sabio ó habla poco, que el silencio es el lenguaje de los sabios, ó habla con acierto.

Lo que decimos de un individuo, podemos aplicarlo á los pueblos. Roma nunca habló mejor que cuando lo hizo por boca de Ciceron y Horacio.

El idioma español nunca fué más galano ni más rico que cuando lo habló Cervantes.

Pero Cervantes en España y Ciceron en Roma no hablaban otro language que el que habían oído de sus ciudadanos.

Y obsérvese esta coincidencia: la España de Cervantes y la Roma de Cicerón constituyeron respectivamente una edad de oro.

El lenguaje en aquellas épocas era el amigo agradecido de la mujer hermosa.

¿Y hoy?

Si ustedes no lo l'evan á mal, digo que es el censor
cruel de la fea.

Veámoslo, ó mejor, mirémosnos.

No tengo necesidad de rebuscar el sinnúmero de frases extranjeras de que hemos echado mano, no de otro modo que si no las tuvieramos propias. No, voy á fijarme tan sólo en una que á mi parecer retrata á la España de hoy.

«El hombre del día».

El mayor elogio que tributamos hoy á un hombre en nuestra tierra es aquél.

Napoleón ha sido llamado el Capitán del siglo; á Colón apellidáronle el hombre de su época. . .

Hoy nadie llega a tanto.

¿Cuáles son nuestros «hombres del siglo»?

¿Quiénes «los del año» siquiera?

El que más llega es á «hombre del día».

Un diputado desenvuelto, revolucionario, va al Congreso con un discurso de radical oposición.

La opinión al punto revuelve el cajón de los elogios y como resumen de todos llama al diputado: «el hombre del día.»

Viénesele á un toro la infeliz ocurrencia de engan-
char á un torero.

Pues toro y torero serán la cuestión del día.
A un autor de los que privan se le ocurre echar á la calle un libro.

Los rotativos á continuación publicarán sendos artículos encomiásticos con este epígrafe en gruesos caracteres: «El libro del día».

¿Qué estudiantillo de medianas aspiraciones, qué literato incipiente, qué empleado, por humilde que sea, no soñará alguna vez con llegar á ser hombre del día? ¿Qué quiere decir esto?

Una de estas dos cosas: ó que sin darnos cuenta, hemos convenido en que no tenemos talla para que nuestra celebridad llene más de un día, ó que abundan tanto las celebridades que para atender á todas no podemos concederle más que un día.

Al leer este segundo extremo, pareceme ver á algun lector malicioso guiñar el ojo y sonreirse.

Me fundo en que yo no he podido menos de hacerlo al par que escribía.

Porque ¡cuidado con nuestras celebridades «diarias»! Conque, lector, reflexiona bien sobre el primer extremo y cuida de no enfadarte con el espejo, como diz que hacen las feas con los que á gritos pregonan su fealdad.

Porque, entre otras razones, corres el peligro de que te llamen: «hombre del día».

Y á ser verdad mis observaciones, es el peor mote con que pueden á uno zaherirlo.

GONZALO DE SEVILLA.

LA ORACIÓN DE LA NOCHE

Tras de montes encumbrados
se oculta el sol de improviso,
cubriendo de opacas sombras
el bosque, el valle y el río.

Lejos las chozas humean
en los cercanos cortijos;
y las ovejas, balando,
van en busca de aprisco.

Pliega el pájaro sus alas,
muere la nota en su pico,
y en la espesura del monte
ó en las peñas busca abrigo.

Juega la brisa en la copa
de los sauces y los pinos,
produciendo un rumor grato
que embelesa mis sentidos.

La oscura noche desata
de su manto ennegrecido
los pliegues, que el áura extiende,
saltando de risco en risco.

La oscuridad y el silencio
reinan ya en el soto umbrío
y allá en el cielo aparecen
estrellas de incierto brillo.

Suena vibrando en los aires
de la campana el sonido,
y, al oírla, se descubre
para orar el campesino.

Y en tanto la blanca luna
álzase por el egido,
disipando las tinieblas
con su esplendoroso disco.

Su luz despierta en mi alma
con sentimiento adormido,
que engrandece de repente
aquel cuadro peregrino.

Semeja la sierra un templo
con cimientos de granito;
sus columnas son montañas,
su cúpula el cielo mismo,

Sus lámparas las estrellas,
su orquesta el grato sonido

de las brillantes cascadas;
su incienso el aroma fino
que despide entre las jaras
el romero y el tomillo.

Lo veo; y caigo de hinojos
en tu presencia, Dios mío!
adorando tu grandeza
con amoroso delirio.

Qué estúpido es el ateo!
qué ciego es el descreído!
Señor, luz para esos ciegos!
perdón para esos impíos!
y bendiciones de gracias
para tus piadosos hijos,
que de corazón te amamos
y te adoramos rendidos.

FR. A. DE VALENCINA.

ALCOHOLISMO

El uso que hoy se hace del alcohol es muy peligroso, pues se entiende que únicamente tomando grandes cantidades de dicho líquido puede ser nocivo. Precisamente el abuso del alcohol determina el «delirium tremens» y lleva á la exasperación y al crimen; mas existe una forma de intoxicación lenta que es á lo que deseo referirme, la cual sucede en las personas de buen régimen en general, pero que por error creen que moderadas cantidades de líquidos espirituosos son altamente favorables al trabajo digestivo y fortifican el estómago, y sobre este particular conviene hacer algunas aclaraciones de importancia.

Un obrero que trabaja regularmente puede tomar al día un litro de vino blanco natural de 9°, mas una persona que muscularmente trabaja poco, debe reducir mucho esa cantidad.

Debe tenerse muy en cuenta que uno de los factores que aminoran el efecto nocivo del vino, es el estado de disolución en que se halle pues una misma cantidad de alcohol será menos perjudicial cuanto más aguada esté, y dicho esto se comprenderá hasta qué punto serán dañinos generalmente los licores, y el uso de la «copita» en ayunas. Los licores marcan de 45 á 50° y el azúcar que contienen y su aroma, nos ponen con suma facilidad en peligro á poco que g aduemos la dosis.

El Dr. Grasset de Montpellier, hablando de los llamados aperitivos, dice que no merecen en manera alguna ese nombre; que ningún aperitivo ha abierto jamás el apetito, no existiendo mejor líquido para conseguir dicho efecto que el buen caldo de nuestros padres, tan calumniado hoy y que se toma al principio de la comida. Por el contrario el alcohol disminuye el apetito y usándolo diariamente se hace desaparecer por completo.

En los dispépticos la prohibición debe ser absoluta, pues su uso irrita la mucosa del estómago y aumenta el catarro crónico; en ellos el vino blanco en muy moderada cantidad se soportará mejor, pues los tintos poseen mucho tanino y tartratos.

El alcohol toma el oxígeno á la sangre disminuyendo así las combustiones orgánicas, y si las dosis son considerables, impide la hematosis.

El étlico producirá menores perjuicios que el amílico, pero uno y otro son de efecto deplorable pues determinan efectos perniciosos en el estómago, cerebro é hígado; triplica la acidez del jugo gástrico y de ahí la frecuencia

con que se producen las dispepsias; muchas de ellas no tienen otro origen, sobre todo cuando se toman las bebidas alcohólicas en ayunas, poniéndolas directamente sobre el estómago y sin el intermedio de los alimentos.

Es necesario, pues, que la ingestión de los alcohólicos sea con mucha moderación y en las comidas, para que puedan considerarse como reconstituyentes muy útiles y escitantes ventajosos

El alcoholismo por la lactancia es un hecho; muchos niños sufren accidentes nerviosos, convulsiones etc., que á veces no se atribuyen á su verdadera causa, bastando la supresión del vino en las nodrizas, ó limitar notablemente su uso para ver desaparecer las dichas enfermedades.

En la Academia de Medicina de París el Sr. Lanceriaux, pide que se impongan condiciones especiales para reducir las tabernas, pues sólo en París se producen cada año mas de 3.000 declaraciones para la apertura de estos establecimientos, y que al mismo tiempo se muestre á los niños en las Escuelas, los temibles efectos del alcoholismo, pues acaso se abstengan más tarde de entregarse á los excesos de la bebida.

Las sociedades de templanza en Londres también trabajan en igual sentido, sin que hasta hoy podamos felicitarnos de la disminución de los aficionados.

Moderadamente se estudian los efectos de la seroterapia para combatir el alcoholismo. Mr. Toulouse ha inyectado 24 c de suero de un animal alcoholizado á un sujeto con delirio agudo observando al día siguiente la remisión de la fiebre, recobrando el enfermo su lucidez; sin embargo estas observaciones no dicen todavía que para conseguir estos buenos efectos se necesite precisamente suero antialcohólico ó bien produzca igual resultado la inyección de un suero cualquiera de animal sano ó de un suero artificial.

JOSÉ YÁÑEZ
Médico

PERLA LITERARIA

Tal reputamos el siguiente Soneto póstumo del ferviente católico, que fué en vida el orgullo del saber y de la literatura de España y fuera de ella, Ilmo. Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe; quien, poco tiempo antes de su muerte, lo remitió á su amigo íntimo el Chantre de esta Metropolitana Iglesia D. Cayetano Fernandez, el cual conservando el autógrafo como valiosa reliquia, tiene gusto en que la preciosa obra vea la luz por primera vez en las columnas de EL CORREO DE ANDALUCÍA.

LA SOCIEDAD MODERNA

SONETO

Sin premio el sabio, el criminal impune,
Glorioso el vicio, la virtud con luto,
En muerte y perdición cógese el fruto
Del lazo vil que á los malvados une.

Falaz plegaria al cielo no importune
Del avaro y soberbio y disoluto;
Que ya hácia el Capitolio marcha Bruto,
Y Atila ya sus bárbaros reúne.

Alma sumisa á Dios, en noche oscura
De tempestad horrenda combatida,
Triunfa serena, de implacable suerte:

Pues es del mundo la mayor locura
Llamar al Tiempo fugitivo; vida;
Y que la Eternidad se nombre muerte.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA ORBE.

BROMAS SERIAS

¿DÓNDE HAY UN VALIENTE?

Hoy para ser un valiente,
no es fuerza mostrar furor,
ni haber sembrado el terror
del Oriente al Occidente.

Tampoco preciso es
ir á apartadas regiones
y allí las embarcaciones
quemar, como Hernán Cortés.

Ni batallar cual Pelayo,
ni conquistar como el Cid,
que, en ruda y constante lid,
fueron de infieles el rayo.

Ni con las fieras luchar,
como antiguos gladiadores,
que aumentaban sus furores
entre el morir ó el matar.

Ni un esfuerzo sobrehumano
tampoco se ha de exigir:
hoy ya basta con decir
en público: *Soy cristiano.*

No exajero, por mi fé:
es valiente en nuestros días
quien grite con energías:
Soy católico; porque

se expone á que le reviente,
como algún caso se ha visto,
un Judas de los que á Cristo
venden en la edad presente.

Es valiente el que en su casa
ostenta con devoción
el Sagrado Corazón
sin poner á su fé tasa.

El que vá á misa contrito,
el que acude á los sermones
y asiste á las procesiones,
sin que se le importe un mito

el temido ¿qué dirán?
ni tener preocupación
por si le harán un chichon
ó si le reventarán.

Parecerá extraordinario,
pero es un hecho, á fé mía:
para ser valiente hoy día
es todo eso necesario.

Y pues todo eso es preciso,
y todo yo lo reuno,
aquí hay un valiente, uno,
sólo porque Dios lo quiso.

Siempre iré de Cristo en pos
aunque un Judas me reviente.
¿Hay por hay otro valiente?
Pues venga... y ya somos dos.

Fos.

Historietas y Cuentos

LOS SUEÑOS DE UN PEREGRINO

CONVENTO Y CUARTEL

Como ya conocen los lectores el lugar donde me escondo á escuchar la polémica que sostienen entre sí el convento y el cuartel, no será preciso describirlo de nuevo; y así, sin más preambulo, voy á decirles reservadamente la secreta conversacion de ambos amigos, del mismo modo que ellos la continuaron.

Pues bien: en la noche referida, no bien había el sereno vuelto la esquina de la angosta y larga calle, cuando el cuartel sacó la cabeza por una ventana de la pared y pidiendo al convento que le dispensara el mal rato que con su imprudencia le había dado, cambió el tono de voz y empezó á decir con acento familiar.

—Antiguo compañero, apesar de cuanto me has dicho, yo sigo contento con mi suerte, porque en esta mudanza he ganado mucho á los ojos de España. Tú mismo debes conocerlo. ¿A qué punto del globo no llevaron mis soldados nuestra gloriosa bandera? ¿Qué fortaleza no se rindió al valor de mis capitanes? ¿Qué nuevo mundo no dieron á la España sus invencibles caudillos? Desengañate, el soldado ha dado á la España más gloria que el fraile, y por eso yo he ganado, convirtiéndome de convento en cuartel; hoy valgo yo más que tú.

—Mira el desdenoso cemo se explica. Bien se conoce que cuando eras convento no leíste nunca las crónicas de tu orden, y que ahora que eres cuartel has leído, no la verdadera historia de España, sino la historia inventada por algún liberalite: y mira tú, que historia inventada... Pues si piensas que por ahí has de salir ventajoso, te engañas. Mis hijos han hecho siempre por la patria tanto ó más que los tuyos.

—Poco á poco, que eso lo hemos de ver.

—Cuando quieras.

—Ahora mismo. ¿Quién echó á los moros de España? ¿Quién?

—Los frailes, los frailes, ¿ignoras infeliz que aquella era una guerra religiosa, y por lo mismo las órdenes religiosas iban al frente de ella y eran sus verdaderos promotores? Los soldados trabajaron mucho, es verdad; pero fueron como siempre un instrumento de guerra. La verdadera causa motriz, fué la religión y por ende, escúchalo bien, las órdenes Religiosas. Además, ¿no sabes tú que la conquista de Valencia se debió en gran parte á los gloriosos hechos y oraciones de dos mártires franciscanos? Y no te acuerdas que cuando tus soldados huyeron cobardemente y abandonaron la plaza de Calatrava, solo dos frailes, ¡pásmate! solo dos frailes, Fr. Reimundo de Fitero y Fr. Diego Velázquez, tuvieron valor para defenderla, poniéndose al frente no de soldados, sino de otros muchos frailes y monges que dieron principio á la célebre orden de Calatrava? ¡A buena parte ibas!

—Pero al fin los echaron las tropas de los Reyes Católicos.

—Hola y en aquella tropa no había frailes? No digo yo que tú has leído la historia inventada ¡infeliz! si hubo batallones enteros armados por el clero y las órdenes monásticas; ¿Quién te ha dicho á tí que no estuvieron allí los míos? Y tú no sabes quién los persiguió hasta el Africa y conquistó la costa de Berbería. Pues fué... un fraile también, el gran Cisneros. ¿Y no has leído en las historias antiguas que en la toma de Orán el inmortal Cisneros para impedirle á los moros que no subieran á la Sierra, salió en una mula, muy acompañado de clérigos y frailes y por guión un Fray Hernando, religioso de San Francisco, que llevaba delante la Cruz, y ceñida su espada sobre el saco, como todos los demás que allí se hallaron? Claro, hombre, si el Regente y el general era un mismo fraile, figurate tú si faltarían frailes en las filas.

—Sí, pero el Nuevo Mundo lo descubrió Colón.

—¿Y qué quieres decir con eso, botarate? Colón tuvo más de fraile que de soldado. Colón vistió el hábito de San Francisco y perteneció á su Orden Tercera hasta la muerte, y si tratara de beatificarlo ahora, no es por lo que tu-

vo de marino, sino por lo que tuvo de fraile. Y más ¿no has leído tú en los mismos escritos de Colón, que el descubrimiento de América se debe tanto como á él, á sus favorecedores Fr. Diego Deza, Fr. Juan Pérez y Fray Antonio de Marchena?

—¿Y qué importa que esos frailes tomaran parte en su descubrimiento, si la conquista de aquellas regiones se debe toda á mis grandes capitanes? ¿Qué proezas no hizo Hernán Cortes? ¿Qué victorias no alcanzó Pizarro? ¿Qué no hizo Ercilla, peleando y cantando las glorias de sus peleas?

—Bien hayan esos gloriosos héroes de la patria y con ellos el gran Gonzalo y el sin par duque de Alba y cuantos contribuyeron al engrandecimiento del renombre español. Pero sin disminuir en lo más mínimo el mérito de esos valerosos capitanes, observaré que ellos no conquistaron más que la tierra de América, pero no á sus moradores; que á estos, lo más que lograron fué rendirlos y vencerlos. Los que verdaderamente los conquistaron para Dios y para España, los que de verdad los civilizaron, cristianizaron y españolizaron fueron los misioneros, es decir los frailes. Mira tú, pues, cuanto es más gloriosa esta conquista que aquella. Y cuenta que aun no había terminado Cortés la conquista de Mejico, cuando llegó allí Fray Martín de Valencia, franciscano, con doce compañeros. Y añade el historiador, que Martín Lutero no pervirtió tanta gente en Europa, como convirtió en América Fr. Martín de Valencia.

—¿Y Magallanes? ¿y Elcano? ¿y Alvarado? ¿y Balboa? ¿y los Pinzones? ¿y Legazpi? ¿y Orellano?

—Vuelta á la misma ¿Y qué tienes tú que ver con esa gente? El mismo tiempo ha vivido nuestra invicta marina en cuarteles que en conventos. —¿A qué, pues, apropiarte glorias que no te pertenecen de ningún modo? Yo si que tomé parte en esas gloriosas empresas. ¿Pues qué? No sabías que á Magallanes lo acompañó el P. Pedro de Valderrama, que fué el que celebró en Butuán aquella solemne y primera misa que tanto atrajo á los filipinos. ¿Y la escuadra ó flota que se preparó para dar la segunda vuelta al mundo, no sabes tú quien la mandaba?

—Loaisa.

—Ese mismo; Fr. Juan García de Loaisa; y con él iba el piloto Fr. Andres Urdaneta; y si Loaisa y Elcano no terminaron esta segunda vuelta, fué por haber muerto los dos gloriosamente en el camino. ¿Y de Orellano te atreves á hablar, cuando en el trágico descubrimiento del Amazonas iba con él Fr. Gaspar de Carvajal, dominico, á quien costó el viage nada menos que un ojo? Pues, y los compañeros de Legazpi ¿quiénes fueron? Fr. Andrés de Urdaneta, Fr. Martín de Rada, Fr. Diego de Toledo, y no me acuerdo cuantos frailes más, todos agustinos. En fin, los frailes fueron los primeros que llevaron el nombre de España al Celeste Imperio: los frailes y no tus caudillos fueron nuestros primeros embajadores en la China y en el Japón: y por último, mis hijos han dado siempre mas gloria á la patria que los tuyos. Y si no, á la prueba me remito.

—Iba el Cuartel poniéndose ya de mal humor; y algún tanto azoradillo respondió tartamudeando: ¡Y Lepanto! y Lepanto! á lo cual repuso el Convento:

—¿Qué? En Lepanto no hubo frailes? Sólo capuchinos hubo cuarenta; y eso que empezaba á nacer entonces esta penitente reforma del Orden de San Francisco. Conque ¿cuántos irían de las otras Ordenes que tan florecientes estaban! Y fueron voluntarios, sólo para animar á los soldados y asistir a los heridos; y en un caso apurado no debieron de hacerlo mal; porque cuando volvieron, fueron algunos al Padre Santo para que les absolviera de la irregularidad en que habían incurrido, matando á tanto moro: cosa que no dió poco que reír al Papa S. Pio V, fraile también por si no lo sabías. Y de la guerra de la independencia no hables; porque bien sabes que cada convento fué una fortaleza; ergo... lo dicho.

—No, señor; que entonces no había otro remedio. Estaba el enemigo en casa, y era menester echarlo fuera. Pero ¿á que no estuvieron los frailes en la guerra de Africa?

—¡Bobalicón! ¿Cómo habían de estar si los habían

echado? Esa es una de las perfidias y malas artes que tenéis los cuarteles; digo, no ¡los liberales! Imposibilitáis al clero y á las Ordenes religiosas para obrar, y después les echáis en cara que no hacen nada. ¡Villanos! y ahora mismo quien mantiene en Africa el nombre de España á la altura que se merece, no son tus soldados, sino los hijos de San Francisco.

—¡Bah! Ese es un oficio, y eso es salirse de la cuestión. Bastantes frailes hay ahora, y cuando la cuestión de Las Carolinas todo el mundo protestó y se puso en expectativa, pero no hubo siquiera un fraile que dijera: esta boca es mía.

—Hombre, aquí te esperaba yo. Precisamente cuando el cañonero «Yttes» plantó en Yap la bandera alemana, ya estaban allí dos frailes agustinos para defender nuestros derechos. Y no debí ron de ser cobardes ni prestar flacos servicios, cuando uno ellos ha sido honrado con la gran cruz de Isabel la Católica. Y por último, ¿de esos que tanto charlaron, gritaron y escribieron, fué alguno á Las Carolinas? No, por cierto, y sin embargo, cuarenta frailes de esos que ni siquiera dijeron esta boca es mía, son los que se lanzaron al mar, arrojaron sus peligros, y están hoy allí sacrificándose por Dios y por su patria. Y si la representación de España es allí algo, escúchalo bien, se debe más los misioneros que á los soldados.

—Desengáñate, Cuartel, prosiguió el Convento con voz compasiva, desengáñate, tú has perdido muchísimo con dejar de ser Convento, y no has ganado nada con pasar á ser Cuartel. España necesita más Conventos y menos Cuarteles, porque éstos, al decir de malas lenguas, son focos de inmoralidad, de ignorancia y de absorción; y aquellos, por el contrario, centros de moralidad, de sabiduría y de producciones, al menos científicas y literarias; la verdad que tú no tienes la culpa de ser lo que eres, porque te obligaron, pero sí la de haberte conformado después con los hechos consumados, según me han dicho. Por consiguiente para borrar ese pecadillo liberalesco, es preciso que reconozcas tu engaño y trabajes por ser lo que antes eras, que así será mayor tu gloria.

—El pobre Cuartel, ya desengañado y arrepentido de todo corazón de haber querido acatar los hechos consumados y anhelando poseer otra vez sus antiguas grandezas, empezó á gimotear y decir ¡Me engañaron! ¡Me engañaron! Y alzando la voz continuó. ¡Pueblo! ¡pueblo! España, ¡España! ¡vuélveme mis frailes! Aquellos frailes, que acompañaron á nuestros marinos cuando marchaban á descubrir nuevos reinos á tu corona, aquellos frailes que sin armas ningunas se conquistaron más subditos que arenas tiene el mar; aquellos frailes que hicieron conocida tu magestuosa lengua en las cinco partes del mundo; aquellos frailes que mantienen en el pueblo la fé católica, la virtud, la probidad, las buenas costumbres y el verdadero patriotismo. Sólo así, oh España, podrás levantarte de la postración en que te hallas. Sólo así tendrás hombres que formen un pueblo, como el que arrojó á los moros de sus campañas ó como el que derrotó á Napoleón, y echó por tierra sus águilas vencedoras.

Al llegar aquí el Cuartel, lo aplaudí con dos palmadas que me despertaron, bien á pesar mío, pero me volví á dormir, y volví á oír otra vez lo que diré en el próximo artículo, si Dios me dá salud y tiempo para escribirlo.

EL PEREGRINO DE LA CAPUCHA.

Perfiles y Borrões

EL PAPADO Y LA CIVILIZACIÓN

Mr. Gladden, protestante y director de la *Revue historique*, ha publicado un extenso artículo sobre el Pontificado.

«Una singularidad—dice—y no de las menores, de la época actual, es ver á esa institución cuya existencia parecía hace pocos años una especie de anacronismo, un superviviente de otra edad, gozar en todo de un nuevo vigor, de vida

y de popularidad, y añadir entusiasmos de juventud y de esperanza á la aureola de antigüedad y á los recuerdos gloriosos de que los siglos la han coronado.

»En medio de la turbación arrojada en las conciencias y en los intereses por el creciente poder de las clases obreras y de sus aspiraciones apasionadas hacia un estado social más feliz y más justo, se pregunta el mundo si el Papado no es la única autoridad capaz de servir de árbitro entre el capital y el trabajo, y de facilitar la solución de los problemas sociales, dando á los que poseen el sentimiento de sus deberes y desarmando la codicia de los que no poseen.

»Frente á la ostentación de perversidad refinada y de cinismo procaz que deshonra á la literatura y á la sociedad moderna, que halla formidables auxiliares en los progresos de la democracia y en la teoría de la libertad de imprenta, nosotros estamos dispuestos á ver en la Iglesia la única fuerza moral organizada, capaz de levantar las conciencias y de acabar con una desmoralización que amenaza borrar el respeto á la pureza de costumbres y hasta las más sencillas ideas de probidad y de honor.

»Contemplando la Iglesia católica no se puede menos de experimentar un sentimiento de veneración hacia la institución más considerable por su influencia y más importante por su duración que el mundo ha visto.

»Frente á ella los más poderosos impíos hacen una débil figura, tanto en el tiempo como en el espacio, porque ella ha sido en todos los siglos un semillero de santidad y civilización »

Anécdota de Moltke

Mucha gente ignora que el gran general tenía, ciertas originalidades, aparte de su austera seriedad.

Apreciaba mucho la comida de *rotisserié* y solía concurrir á una mesa de segundo orden, frecuentada especialmente por los oficiales del ejército. Acostumbrados á la presencia del vencedor de Strasburgo, los militares no hacían caso de él, conversando, cuestionando y riendo mientras él, severo y tranquilo, devoraba la lista del día.

Cierto día, con asombro general, vióse que Moltke, al sentarse á la mesa, sacaba del bolsillo una porción de monedas de oro, que colocaba á su lado izquierdo.

El hecho, durante varios días fué motivo de comentarios hasta que habituados á ver repetir el acto lo consideraron como una de tantas originalidades del mariscal; un día un joven militar, inteligente y estudioso que se hallaba en una mesa próxima, empezó una discusión científica sobre la trayectoria de las balas de cañón rayado.

Repentinamente se vió levantarse al general Moltke, dirigirse al militar que tan seriamente discurría, y decirle:

—Es vuestro ese oro.

Hace cinco años que concurro diariamente á este hotel, y es la primera vez que oigo á un militar dejar cuestiones frívolas para ocuparse de algo útil y serio. Este dinero estaba reservado para el primero que se alejase de aquel impertinente asunto; le felicito.

Y estrachándole la mano, el general se fué á su mesa y siguió comiendo.

SECCION DE NOTICIAS

RELIGIOSAS

Santos de hoy.—San Lope, ob. y cf.
Liturgia.—El Oficio y Misa son de Santa María la Cerevel, rito doble, color blanco.

Cultos.—Misa y procesión de Animas en la P. del Sagrario, y en la I. de la O, Misa, Rosario de Animas y responso.—En la P. del Sagrario, á las oraciones, continúa la novena á Ntra. Señora del Rosario predicando el señor don José L. Viejo, Pbro.—En la I. del Sto. Angel concluye á las oraciones el septenario á S. José, que predica el señor Molina.—Continúan los ejercicios del Mes Doloroso.

Indulgencias.—El Jubileo de las cuarenta horas se gana en las R.R. de la Asunción.

Todos los días de la semana indulgencia plenaria visitando la Capilla de Ntra. Señora del Pilar en la P. de San Pedro.—Continúa la novena de Nuestra Señora del Rosario en Sta. Catalina, predicando el R. P. Tarín S. J.

REGIONALES

Villamartín

Desde anteaer no han cesado dellegar carruajes que de Jerez, Utrera, Sevilla y otras poblaciones han traído numeroso contingente de feriantes á esta población, cuyo mercado se vé más concurrido cada año.

Las fondas, las posadas, y las casas donde se hospedan los particulares que tienen aquí amigos están llenas de forasteros.

Las calles se ven concurridísimas y en el mercado y en la plaza nótese la animación extraordinaria y característica de estos días.

Hay aquí muchos labradores y ganaderos de la región, recordando entre otros á los señores Marqueses de Villamarta y Ulloa, Bohórquez, Peñalver, Guerrero, Lizans, Molina, López Aguilar, Orbaneja, Giles y López de Carrizosa, Peña, D. Pedro Sánchez, Troya, Surga, Ríos y otros muchos.

Aunque hoy ha sido el primer día y por tanto el que más bien dedican todos al «tanteo» se han realizado algunas transacciones la mayoría en ganado mular y de cerda que son los más solicitados.

He aquí algunos precios:

Mulas lechales de 1.800 á 2.000 reales.

Primales, á 50 reales la arroba; lechones á 45 id. id.

Vacuno, para carne, 6 reales kilo; idem, para vida 7 id. id.; terneros, 8 id. id.

Cabrío, vida, de 80 á 90 reales; id., carne, 60 á 70.

En el ganado lanar hay escaso movimiento, siendo poca la demanda. Sin embargo, se ha vendido hoy una «piara» de ovejas merinas de don Juan Frutos á 90 reales.

En el ganado caballar no se han hecho operaciones.

LOCALES

Por la Sagrada Congregación de Estudios se ha facultado á Nuestro Exmo. Prelado para que prorrogue á su arbitrio el tiempo del desempeño del cargo de Prefecto de Estudios que hasta ahora llevaba el M. I. Sr. don Jerónimo Alvarez Troya, Provisor del Arzobispado.

El Sr. Arzobispo en uso de esta facultad se ha dignado confirmar en dicho cargo al referido señor Provisor quien con general aplauso lo ha venido desempeñando por espacio de dos años.

A Pedro Abad, provincia de Córdoba, ha marchado con el objeto de atender al total restablecimiento de su salud, aun convaleciente de penosa enfermedad, Fray José de Pedro Abad.

Le acompañan su tío el señor don Juan Crisóstomo Vaca, el Rvdo. P. Provincial de los Capuchinos Fray Ambrosio de Valencina y algunos parientes.

En acción de gracias por la mejoría del P. Fray José, se celebrará una solemne función en honor del San-

tísimo Cristo de Pedro Abad, á quien se encomendó el paciente.

En esta piadosa función predicará el Rvdo. P. Fray Ambrosio de Valencina.

Nos alegramos sinceramente de la mejoría de Fray José, y hacemos votos por su completo restablecimiento.

De Sanlúcar de Barrameda ha regresado el reputado ganadero don Eduardo Miura.

Después de pasar la temporada de baños en Chipiona ha regresado á Sevilla el senador del Reino, señor D. Jacobo Sánchez Bocanegra, acompañado de su distinguida familia.

Ha llegado á esta capital, procedente de Madrid, la Superiora de la Santa Caridad, sor Teodora.

TELEGRÁFICAS

Un suelto misterioso

Madrid 24 6 t.—Hoy ha publicado «La Correspondencia» un suelto que está siendo objeto de muchos comentarios.

Dice que debe extremarse la vigilancia en el distrito del Hospital, donde hay elementos que se agitan y sostienen correspondencia con otros elementos de Andalucía que hace poco dieron mucho ruido, y que parece vuelven á reunirse ahora.

Añade el suelto que el jefe de los trabajos ha hecho recientemente dos viajes á un sitio donde se reúnen numerosos taabajadores del campo.

LA CORRIDA DE MADRID

Madrid 24-8 n.—Se han lidiado en la corrida de esta tarde, toros de Veragua, que han sido pésimos, exageradamente mansos.

«Bombita chico» ha tomado la alternativa de manos del «Algabeño», quien por primera vez hace matador de toros á un novillero.

Ricardo ha estado pasable nada más.

Con la muleta trabajó muy bien y se hizo aplaudir en un quite y en un par de banderillas.

«Algabeño» muy bien con la muleta y en la muerte del cuarto.

«Dominguín» que alternaba con aquéllos ha cumplido.

Los toros han matado nueve caballos.

El picador Alvarez ingresó en la enfermería con una distensión en un dedo.

La entrada ha sido regular y la corrida, en conjunto, sosa.

Racha de conferencias

Madrid 24-10 n.—El ministro de Fomento ha conferenciado con el de Gracia y Justicia para cambiar impresiones acerca de la actual situación política.

Después conferenciaron los señores Silvela y Pidal sobre los proyectos de economías.

Todos los conferenciantes se muestran muy reservados.

Por último conferenciaron los señores Silvela y Villaverde.

Todos niegan que tengan fundamento los rumores de próxima crisis.

Silvela y Dato

Madrid 24-10'30 n.—El ministro de la Gobernación ha celebrado desde San Sebastián una conferencia por teléfono con el señor Silvela.

Hablaron de los sucesos del Ferrol, donde ha sido declarado el estado de guerra.

También hablaron de los desastres producidos por las tormentas en Granada, de la cuestión sanitaria y de la situación política.

El tifus en Barcelona

Madrid 24-11'30 n.—Barcelona.—Témese que el tifus se extienda por los barrios extremos.

Aymenta la alarma.